

distintas generaciones y de sus actitudes estéticas, y son de indudable interés, a pesar de que el autor no ha querido ahondar demasiado. De manera breve pero inteligente realiza en seguida un análisis crítico de la historiografía de la literatura hispanoamericana desde 1916 hasta 1954, del cual, por premura de espacio, ha debido excluir algunas obras de importancia. Dentro de esta misma vertiente hay que destacar, por su particular interés, las páginas que recogen tres entrevistas con estudiosos de la literatura hispanoamericana: Enrique Anderson Imbert, Irving A. Leonard y Manuel Pedro González. Los temas allí tratados son muy diversos: las últimas generaciones de escritores argentinos, literatura esteticista o utilitaria, Martí, el valor de la literatura hispanoamericana frente a la española, relaciones culturales entre los Estados Unidos y el resto de América, literatura e historia, etc. El interés de estas páginas radica no sólo en que cada uno de los entrevistados analiza los distintos problemas de modo vivo y personal, con objetividad y precisión, sino también en que se reúnen y enfrentan tres miras distintas, por momentos antagónicas, que arrojan mucha luz sobre problemas de crítica.

El último tema, o sea la valoración norteamericana de Hispanoamérica, revela una inquietud que trasciende lo meramente literario: es mucho más una toma de conciencia que una revisión de la labor científica. En sus notas críticas sobre libros de Leopoldo Zea, A. H. Murena, I. A. Leonard y Fernando Alegría, o en sus artículos sobre "Enseñanza y valor de la literatura hispanoamericana en los Estados Unidos", sobre "Tomás Jefferson y la América latina" y sobre "El porvenir del panamericanismo", Mead analiza con objetividad la situación de los estudios "hispanoamericanistas" en los Estados Unidos y llama la atención sobre algunos prejuicios inhibitorios, tales como cierta actitud de afable superioridad, o el error de enfrentarse a las letras de Hispanoamérica en plan de comparación con las de España, o pretendiendo aplicarles esquemas críticos válidos para la literatura francesa o inglesa. Expresa, además, la urgencia de estudiar el fenómeno literario de la América hispánica con una honda comprensión de la realidad humana total, aunque ello suponga un estudio más lento, difícil y complejo. El artículo más importante es sin duda "El porvenir del panamericanismo", cuyo pensamiento queda resumido en estas breves palabras: "Tengamos siempre presente que las amistades firmes y perdurables no se traban únicamente en el mercado, y recordemos que la compraventa no alcanza por sí sola a hacer buenos vecinos".

CARLOS HORACIO MAGIS

El Colegio de México.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA, *Obras. Crítica literaria. I: Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*. Investigación y recopilación de E. K. Mapes; edición y notas de Ernesto Mejía Sánchez; introducción de Porfirio Martínez Peñalosa. Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959; 543 pp.

Tan evidente como la importancia de esta nueva empresa de la Universidad mexicana es el aislamiento en que sus "colaboradores" la han

llevado a cabo. El benemérito profesor Mapes alcanzó a explicar, en una sucinta "Nota del recopilador" (pp. 5-6), sus propios trabajos preparatorios. En tono muy distinto, la "Nota a la presente edición" de Mejía Sánchez (pp. 7-13) retoca y completa sustanciosamente la información de Mapes: subraya las transformaciones del proyecto inicial¹; señala la dificultad de confinar las observaciones de Gutiérrez Nájera sobre literatura y crítica en los límites de este primer volumen, y aun la posibilidad de que se vayan descubriendo nuevos artículos sobre temas parecidos o afines (en tal caso, se darían a conocer en los volúmenes subsiguientes); indica las normas de ortografía y puntuación adoptadas; se refiere graciosamente a la nube de erratas —"manchas de lodo", decía el poeta— que tanto han afeado la producción periodística de Gutiérrez Nájera y que esta edición parece haber eliminado en gran parte; llama la atención del lector, en fin, sobre la frecuencia, y el arte consumado, con que el admirable prosista, urgido por la tarea diaria, solía utilizar sus propios artículos en nuevas refundiciones y combinaciones.

Y ahora, otro cambio de tono. En su "Introducción" (pp. 15-43), Martínez Peñalosa no ha sacado el mejor partido de su abundante y minucioso conocimiento de la literatura mexicana moderna. Su afán de situar las ideas y prácticas literarias de Gutiérrez Nájera en complejos marcos de influencias, escuelas, "técnicas", ismos, y de acudir, para aclararlas, a las más diversas doctrinas y al léxico más complicado, hace a menudo difícil su lectura. Lástima, porque la "Introducción" es rica en datos útiles, aunque sobre temas de desigual interés. Concentrados, y limpios de excesivas digresiones, podrían prestar buenos servicios. Diversa y curiosa es la información que se nos da sobre los estudios de gramática y literatura en las escuelas mexicanas de la segunda mitad del xix, sobre tratados y manuales de filosofía y retórica, sobre las ideas estéticas de Ignacio Ramírez, y otras variadas materias. Martínez Peñalosa no pretende haber agotado el examen de Gutiérrez Nájera crítico y teórico. Y hace bien en invitar a los estudiosos —así entendemos los últimos renglones de la p. 43— a aprovechar los materiales publicados precisamente en este volumen para revisar y revalorar con justicia la imagen consagrada de "El Duque Job".

Los artículos de Gutiérrez Nájera se han agrupado en dos secciones desiguales: la primera, de "Ideas y temas literarios" (pp. 45-106); la segunda, mucho más copiosa, de "Literatura mexicana" (pp. 107-539). En cada una de ellas, el material se ha dispuesto por orden cronológico. Una magnífica cosecha. Recorriéndola, el lector puede contemplar a la vez —como observa Mejía, p. 8— la maduración del pensamiento crítico de Gutiérrez Nájera y el desarrollo histórico de la literatura mexicana por espacio de casi veinte años.

Mejía Sánchez se sonríe anticipadamente (p. 11) de los "lectores atentos" que en esta nueva edición "logren cazar alguna errata de poca monta". Es fácil hallarlas, en efecto. No han respetado a ninguno de los tres prologuistas, y se han ensañado una vez más en la prosa de Gutiérrez

¹ "...Mapes propuso un primer volumen formado con los artículos de crítica literaria, en el que correspondían a México 16 piezas, entre ellas las más valiosas por la madurez del juicio; ...hemos agregado 61 más sobre diversos aspectos de la vida literaria mexicana..." (p. 7).

Nájera². Para depurarla, se requerirá todavía el esfuerzo combinado de muchos lectores, atentísimos al contexto. Dos veces se lee en la p. 201 “intelectos importantes”, pero se me ocurre que el sentido pide más bien algo como “intelectos impotentes”: “Andan muy fuera de camino los que conceptúan la crítica literaria como [...] propia de espíritus menguados e intelectos impotentes[...]. Lo propio de ánimos opacados³ e intelectos impotentes es ese pobreteo de frases en que tanto se complacía don Joseph Gómez Hermosilla...” En los artículos sobre “La Academia Mexicana”, Gutiérrez Nájera parece dirigirse con el mayor afecto y deferencia al “Sr. D. Justo Sierra [...] amigo tan querido” (p. 252) y lo llama “querido Justo” (pp. 257, 258 y 261) o “caro Justo” (256) o “amigo Justo” (252 y 253) o simplemente “Justo” (256); ¿no es improbable que, de buenas a primeras, lo trate de “infame Justo” (259)? Hay otros casos parecidos. No pretendo, a la distancia, resolver estos problemas, sino sólo señalarlos a los especialistas⁴.

Martínez Peñaloza se refiere alguna vez (p. 41) a la “ejemplar anotación de Ernesto Mejía Sánchez”. Ejemplar, en efecto. Mejía ha anotado el texto de Gutiérrez Nájera con la ascética economía verbal que él suele imponer a sus trabajos eruditos. Erudición sólida y múltiple, precisa siempre y ramificada a menudo en matices y sutilezas. Las notas ofrecen un imponente cúmulo de conocimientos, sólo que hay, además, mucha inteligencia en la acumulación misma. Por un lado, es como si Mejía Sánchez se esforzara en quitar o reducir al mínimo sus ideas o sugerencias (el lector, “tantalizado”, querría ver desarrollarse esos esquemas brevísimos); pero un saber de segundo grado rebasa por todas partes la información primaria. Muchas de las notas de Mejía Sánchez son estudios en potencia, comprimidos en escasos renglones. Y el conjunto forma una vasta red de noticias que abarca autores, obras y pasajes leídos, citados o rozados por Gutiérrez Nájera, y mil pormenores de historia, biografía literaria y bibliografía. La red se extiende sobre muchas literaturas, antiguas y modernas, y aun más allá, sobre música y pintura. Dentro del siglo XIX mexicano, abundantes detalles de vida periodística y literaria, donde no falta la información menuda sobre compañías dramáticas, actores y estrenos. Quisiéramos sobre todo destacar el análisis, que en distintas notas se esboza, de variantes y correcciones de estilo y de los préstamos y comunicaciones entre la prosa y el verso del mismo

² Quedan, entre otras menores, las siguientes: p. 140, lín. 22: léase: la burla; 204, 9: es Canalejas; 250, 7 desde abajo: sí creemos; 261, 5 desde ab.: supo; 341, 6-7: *où tout retombe / Et d'où rien n'est revenu!*; 357, 16, y 358, 12: Zorrilla; 401, 13: enfermería; 417, 19: rebosa; 423, 23, y 5 desde ab.: Béranger; 441, 29: *flammae*; 481, 17: al acervo intelectual; 500, 27: “¡Ah de casa!”; 527, 20: la real y deliciosa Isabel. En las notas: p. 131, nota 6, lín. 15: Schiller; 177, 6, 1: *paulo majora canamus*; 378, 10, 2: *nessun*; 505, 10, 1: *conquérants*; 507, 13, 2: *des catalogues*; 512, 10, 2: *cinque Maggio*.

³ ¿Será *apocados*, en correspondencia con los “espíritus menguados”?

⁴ P. 334, lín. 11 desde ab.: supongo que debe leerse: “tú eres poeta y sacerdote, canta para los tuyos...” (no “los suyos”); 366, 29: ¿será: *esprit*? Si el *sprit* es indudable, convendría añadir un *sic*; 370, 4: mucho más verosímil: “despegar sus labios”; 408, 5: será: “por desgracia estoy muy lejos”; 423, 25: ese *azgar* merecería nota; 427, 16: “oidos, inteligencia y corazones que no son griegos” (la coma después de *corazones* altera el sentido). Y en las notas: 487, 4, 1: habría que distinguir entre *parentatio*, femenino, y los neutros que siguen; 530, 2, 14: el contexto parece exigir: “sin *apercibirse* de ello” (no *apercbirme*).

Gutiérrez Nájera. Si es mucho, en fin, lo que aquí se nos ofrece ya, es muchísimo lo que virtualmente se nos promete. Todo lleva a esperar nuevas y amplias indagaciones sobre el arte de la prosa en Gutiérrez Nájera. Y, en escala mayor, todo parece estar apuntando hacia el gran libro que Ernesto Mejía Sánchez nos debe, sobre la literatura hispanoamericana a fines del ochocientos.

RAIMUNDO LIDA

Harvard University.

ANA MARÍA BARRENECHEA, *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*. El Colegio de México, México, 1957; 189 pp.

Este libro fue el primero en intentar un examen profundo de la obra de Jorge Luis Borges; cinco años después de su publicación, sigue siendo el más sistemático y amplio de todos los estudios sobre este autor. La señorita Barrenechea postula una tendencia central en toda la obra de Borges —la expresión de lo irreal— y describe y clasifica sus diversas manifestaciones bajo cinco categorías temáticas generales: I. El infinito; II. El caos y el cosmos; III. El panteísmo y la personalidad; IV. El tiempo y la eternidad; V. El idealismo y otras formas de la irrealidad. (Esta última sección incluye unas páginas de análisis estilístico: “La irrealidad reflejada en el vocabulario y la sintaxis”). De esta manera, aunque no lo declara como propósito explícito, la autora reconoce y procura resolver el gran problema que la obra de Borges plantea a todo crítico: el descubrimiento de la secreta unidad estética que informa la totalidad de dicha obra, problema que ni siquiera vislumbran los estudios de Marcial Tamayo y Adolfo Ruiz Díaz (*Borges, enigma y clave*, Buenos Aires, 1955) y José Luis Ríos Patrón (*Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, 1955), para no hablar del librito de Adolfo Prieto (*Borges y la nueva generación*, Buenos Aires, 1954), que parece proponerse concienzudamente la tarea de no comprender a Borges. Ana María Barrenechea ha realizado algo que muy pocos críticos de Borges han condescendido a hacer: la lectura total de su producción, hasta de sus muchísimas piezas no coleccionadas en libro. Conoce, además, varias conferencias inéditas de Borges. La erudición de la autora es, pues, de lo más amplio y detallado, y todas sus observaciones se apoyan en un minucioso acopio de citas y referencias textuales. Metódicamente, rastrea las diversas apariciones de toda una constelación de temas esenciales a través de textos poéticos, ensayísticos y narrativos de Borges, mostrando una y otra vez la casi increíble coherencia de su pensamiento y proceder artístico. En su organización y redacción, el libro es un modelo de claridad, de orden, de concisión. Abundan en sus páginas penetrantes observaciones que puntualizan detalles y aspectos parciales, como, por ejemplo, la relación entre lo criollo y lo universal metafísico en las primeras poesías (pp. 11-12), la adjetivación (pp. 23, 27), el doble valor simbólico de las puestas de sol (“esplendor y patética amenaza del fin”, p. 99), la renovación del ensayo en lengua española por Borges (pp. 131-133), las expresiones estilísticas de duda y conjetura (pp. 134-142). De gran utilidad es la extensa bibliografía de